

NOTAS

Las realidades del poder ...y las del mercado

COMO SUCEDE EN LA MAYORÍA DE LOS CASOS en que nuevos movimientos o partidos políticos llegan al poder, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), al alcanzar la presidencia del gobierno, encabezado por su jefe, Felipe González, tenía dos caminos por recorrer.

El primero, el más fácil y aplaudido, el del populismo, que se identifica con la debilidad de carácter, y por el que transitan los que se sienten incapaces de arriesgarse a perder simpatías entre las masas en los momentos triunfales, cuando, sintiéndose en el poder, se radicalizan las expectativas y se exige su rápida satisfacción, a cualquier precio, desde el Gobierno.

El segundo camino es el de las realidades del poder, muy distante de la teoría de los manuales y de las simplificaciones y exageraciones electorales, o de la "agi-pro" de los partidos marxistas. Este es el camino de la austeridad, el de la responsabilidad democrática, el del carácter e, inclusive, el de los sacrificios valerosos. Es el camino de quien gobierna para toda la nación y su futuro, y no para una parcialidad o partido únicamente, ni para un esquema teórico impracticable y ya históricamente agotado.

Felipe González no vaciló en tomar el segundo camino, bien lejos del populismo. Dio la primera batalla jugándose su jefatura y su cargo de gobernante al someter al congreso del PSOE la definición de que éste no es un partido marxista, lo cual fue logrado con no muchos votos de diferencia. Más adelante se enfrentó al muy sensible problema de emprender la llamada conversión industrial, que significó renunciar al fácil expediente de los subsidios a las empresas industriales obsoletas, como único medio de sostenerlas con el plausible propósito de evitar mayor desempleo y protestas de las centrales obreras. Este fue un programa de enorme sacrificio político pero que, suavizándolo con inteligentes paliativos, ha sido realizado en España con gran decisión, lo que ha permitido detener la inflación y acercar más su economía a las duras realidades de la competencia internacional. El desempleo aumentó, es cierto, pero el país sabe que, bajo esta conducción económica, será fenómeno transitorio. Y Felipe —a diferencia de Mitterrand— no ha perdido puntaje significativo en la opinión pública ni en el respaldo de su partido sino que, al contrario, ha ganado firmeza.

Dentro de las consignas electorales del PSOE estaba la de sacar a España de la Otán. Ahora, después del ingreso de la nación ibérica a la CEE, Felipe no ha vacilado en afirmar: "Considero honestamente que defendiendo mejor los intereses de España diciendo que España debe participar en la Alianza Atlántica" (1). Con lo cual el Presidente del gobierno español no solo refuerza los nuevos nexos económicos europeos de la Península, evidentes ahora con su ingreso a la CEE, sino, lo que es más importante, reafirma de manera categórica la vocación democrática y cultural de España como de tipo decididamente occidentalista.

En oportunidad anterior, cuando se trataba de imponer el programa de reducción de la seguridad social, Felipe dijo que no gobierna para dos millones de sindicalistas, sus directos beneficiarios, sino para 37 millones de españoles. Por otra parte, como indiscutible jefe de uno de los partidos socialistas democráticos más importantes del mundo, no ha vacilado en afirmar, con ese carácter, franqueza y valor tan ibéricos, que "el capitalismo es el sistema de gobierno menos malo que conozco". Felipe ha dado muestras evidentes de gran cultura política y actualización ideológica, como también de exquisita sensibilidad para sentir las realidades del poder honestamente ejercido, cuando afirma: "Este gobierno no solo ha dicho con claridad que no está interesado por las nacionalizaciones, sino que ha dicho también con claridad que cree que el sector público debe tener una dimensión adecuada, que no debe agrandarse y que debe ser más eficiente" (2). Con lo cual el jefe del gobierno español se enruta por la casi universal tendencia —no bien divulgada en América Latina— de reducir las dimensiones, funciones y atribuciones del Estado como medio para conseguir, además de otros muchos ya probados beneficios de prosperidad e igualdad, que el Estado sea más eficaz en el cumplimiento de prioritarias y específicas funciones estatales democráticas —no de capitalismo de Estado.

1 / *El País*, de Madrid, 10 de noviembre, 1985.

2 / *El País*, de Madrid, 11 de noviembre, 1985.

Estas son las realidades del poder, en el mundo de hoy. No en el que se quiso soñar con base en esquemas teóricos que se presumían científicos.

Por cierto que actualmente los estadistas de este tipo son más populares en las grandes naciones del mundo que los que han escogido el camino del populismo. ¿Cuándo lo serán también en la América Latina?

Tito Livio Caldas

Declaraciones de Felipe González

EL JEFE DE GOBIERNO ESPAÑOL, Felipe González, dio unas declaraciones a Juan Luis Cebrián, el director de *El País* de Madrid, el 15 de noviembre último, en las cuales enfatiza su posición ideológica frente a las realidades y responsabilidades de gobierno.

“He perdido la libertad para que los demás la tengan”, dice Felipe, cuyo gobierno, en opinión de Cebrián, “se ha caracterizado por el abandono de las ideologías políticas como norma de comportamiento ético frente a las responsabilidades del poder”, y recuerda que a Felipe le preguntaron antes de las elecciones qué era el cambio, y él contestó: Que España funcione”.

A la pregunta de Cebrián, “hace poco usted ha dicho que venía reflexionando sobre la OTAN y que hace tiempo que había cambiado de opinión, pero no ha dicho lo que ha reflexionado, no ha explicado ese cambio”, el Jefe del Gobierno español respondió: “Nosotros llegamos al Gobierno en diciembre de 1982 y cumplimos la oferta de parar el proceso de integración de España en la estructura militar de la OTAN; no se ha producido ese proceso de integración en la estructura militar, como estructura de mando me refiero, no como foro de discusiones ni de planes de defensa. Me tomé dos años 1983 y 1984, y después de dos años de conocer la Alianza, de estudiar los problemas por dentro, propuse una política de defensa, el llamado *decálogo*. Creo que los intereses de España se defienden mejor permaneciendo en la Alianza. Nuestra anterior valoración sobre la alianza y sobre su funcionamiento no era correcta. Permanencia en la Alianza, he dicho. Renegociación, también, con Estados Unidos. Tercero, no nuclearización, desde el punto de vista de presencia de armas nucleares en España. Permanencia en la Alianza en el *status* actual significa, para que se entienda, que aquí no va a haber nadie que tenga que hacer el servicio militar fuera de nuestras fronteras. En la Alianza Atlántica, de verdad, están los países que tienen mayor ejercicio de la soberanía popular del mundo, mayor nivel de desarrollo económico, de democracia, de libertades y de respeto a los derechos humanos, y mayor nivel de paz. Siempre me dicen: oiga usted, su posición del pasado era distinta. Es verdad, y la de los comunistas también. Pero nadie lo recuerda. Hasta el año 1982, los comunistas estaban defendiendo la presencia norteamericana en España y la relación bilateral con Estados Unidos, reconociendo que esa era la vinculación de España al sistema de se

guridad y de defensa del mundo occidental. Yo no sólo he intentado reconstruir una base que pueda servir de consenso en política exterior, que dé garantía y seguridad a España y que, haya un Gobierno u otro, se mantenga estable; también he tratado de dar sosiego a lo que es la definición de una política de defensa del país. Tiene importancia desde el punto de vista de la estabilidad interna y desde el punto de vista de nuestra relación con Europa. No hay ningún país europeo de los que pertenecen a la Alianza Atlántica que pudiera comprender que una España integrada en el destino de Europa fuera una España no integrada también en materia de seguridad. Para ellos es exactamente igual que su destino en materia de libertades”.

Muammar Kaddafi, ¿Emir del Terrorismo Internacional?

EN EL CONVULSIONADO PANORAMA MUNDIAL de los últimos años, signado por guerras de agresión, secuestros masivos y atentados criminales por doquier, la figura del mandatario libio ha venido apareciendo cada vez con más claridad convertido abiertamente en el inspirador, promotor o ejecutor de buena parte de estos golpes terroristas. Kaddafi se ha declarado a sí mismo como el más ferviente enemigo del mundo occidental y en especial de Estados Unidos.

Este personaje ocupa el poder en Libia desde 1969, cuando junto con un grupo de oficiales derrocó al rey Idris y transformó al país en una república fundamentalista, en una “Jamariyah”, y se convirtió él mismo en “al qaid”, el jefe, todo ello con base en los rígidos preceptos del Corán, del cual es un fiel seguidor. Su ya prolongado gobierno ha buscado siempre como objetivo central la unificación bajo su mando del mundo árabe, y para tratar de lograrlo no ha vacilado en recurrir a la agresión desembozada y la eliminación física de aquellos a quienes considera rivales o enemigos, tanto en el campo externo como en el interno.

Libia, junto con Egipto y Sudán, ocupa el sector oriental del norte de África, una zona de gran importancia estratégica por su cercanía al medio oriente y al canal de Suez y por su localización a lo largo del flanco sur de los países de la OTAN. Aparte de ello, es una región extraordinariamente rica en recursos naturales, especialmente petróleo, gas natural, oro, hierro, plomo y manganeso.

Como el resto del mundo, estos países también se han visto históricamente envueltos en la disputa entre las superpotencias de occidente y oriente. En la década del 60 durante el gobierno de Nasser en Egipto, la Unión Soviética mantuvo allí tropas y estableció algunas bases militares. Su sucesor Sadat rompió relaciones con los rusos en 1972, expulsó a su personal militar y diplomático y clausuró sus bases militares, como consecuencia de la mala jugada de que fue víctima por parte de estos en un enfrentamiento con Israel. Posteriormente Sadat se colocó bajo el amparo norteamericano

y negoció con el estado judío, por intermedio del expresidente Carter, los históricos acuerdos de Camp David que le representaron el rechazo airado del mundo árabe y su posterior asesinato en 1981.

El coronel Muammar Kaddafi es en la actualidad el aliado más importante de los soviéticos en la zona. Con escasos cuatro millones de habitantes Libia posee un ejército de más de 60 mil hombres, equipados por el Kremlin con armamento moderno, como que este país africano es su principal cliente de armas en la región.

En retribución, los rusos tienen allí bases navales y facilidades de desembarco aéreo. Pero la labor más importante del gobernante libio a favor de la causa expansionista soviética consiste en el entrenamiento militar y el apoyo económico a un número considerable de grupos guerrilleros y terroristas que operan en el viejo y el nuevo continente, provocando el desconcierto y el rechazo de la opinión pública mundial.

Las aventuras agresoras del coronel Kaddafi, aparte de sus continuas declaraciones desenfadadas, han sido muchas y muy variadas. Se considera que ha intervenido directa o indirectamente en alrededor de medio centenar de países, entre ellos varios latinoamericanos, lo que, como es lógico, inquieta extraordinariamente al gobierno norteamericano.

A nivel del continente africano, el presidente libio ha intentado la anexión de territorios y ha mantenido disputas fronterizas con Níger, Egipto, Argelia, Sudán, y con Marruecos —país con el cual firmó un acuerdo importante en 1984. Ha intervenido abiertamente en los asuntos internos de países como Ghana, Gambia, Burkina Faso, Uganda y Sudán. En 1980 envió tropas al Chad, en donde mantuvo durante dos años una guerra con los franceses. Posteriormente incumplió el acuerdo suscrito con Mitterrand para garantizar un mutuo retiro de ese país africano, propinándole una humillación al mandatario galo, quien sí cumplió con lo acordado.

Entre los numerosos protegidos de Kaddafi a nivel internacional se encuentra el palestino Abu Nidal (en árabe, "padre de la contienda"), dirigente del Consejo Revolucionario Al Fatah, a quien junto con el mandatario libio se atribuyó la responsabilidad de los golpes terroristas de los aeropuertos de Roma y Viena. Este grupo disidente de la Organización para la Liberación de Palestina dirigida por Yasser Arafat, se ha atribuido la autoría de más de un centenar de atentados en la última década. Su jefe expresa abiertamente de su relación con Kaddafi: "Una amistad honda y fuerte nos une. Nosotros soñamos el mismo sueño" (*). Es un hecho que ambos han expresado claramente su deseo de eliminar a algunos mandatarios occidentales.

Ante la posición enérgica asumida por Reagan en contra del terrorismo internacional, exacerbada por los sucesos ocurridos en los dos aeropuertos europeos a finales del año pasado, el coronel libio modificó sustancialmente sus declaraciones iniciales en las que daba un carácter heroico a sus autores. El presidente norteamericano le impuso un embargo comercial, con-

geló los fondos de ese país en Estados Unidos y ordenó a todos sus conciudadanos salir de Libia. Además envió a la sexta flota de Estados Unidos que opera en el Mediterráneo, hacia las costas de este país africano.

Sin embargo, Reagan fracasó notoriamente en su intento de conseguir que sus aliados occidentales respaldaran su actitud y adoptaran igualmente medidas para frenar las hazañas de Kaddafi, todo ello a pesar del evidente respaldo que este ha venido dando al terrorismo en Europa Occidental. Los países de dicho continente, además de temer que su acción conjunta incremente los atentados en su territorio, tienen importantes intereses económicos que defender en Libia. Italia, por ejemplo, mantiene con ella relaciones comerciales cuyo valor es superior a los cuatro mil millones de dólares anuales e importa de allí el 15% de sus recursos energéticos. Alemania Occidental es su principal proveedor de herramientas y equipos mecánicos en general. Algunas firmas austriacas están envueltas en proyectos inmensos, entre ellos uno para producir acero por valor de mil millones de dólares. Francia a pesar del asunto del Chad, mantiene con Libia un comercio anual de 80 millones de dólares. Aun Inglaterra, que en 1984 rompió relaciones con ese país por un incidente en que resultó muerta una mujer policía británica, negó a imponer sanciones al régimen de Kaddafi.

El embargo norteamericano y la amenaza implícita de intervención militar contra Libia llevó a los países de la liga árabe, inclusive a los moderados, a respaldar a su mandatario, confiriéndole la categoría de mártir, en la reunión extraordinaria efectuada recientemente en Túnez. Israel por su parte tampoco quiso apoyar en esta ocasión a su mayor protector por no crearse más problemas con sus países vecinos, en momentos en que sus relaciones con Egipto muestran signos de mejoría.

Internamente Muammar Kaddafi afronta serios problemas económicos y sociales. Debido a la baja internacional de los precios del petróleo los ingresos del país han disminuido considerablemente, trayendo como consecuencia el deterioro creciente en el standard de vida de las diferentes capas de la población, en su mayoría descontenta con el régimen. Por otra parte hay problemas agudos entre los mandos militares, que quedaron evidenciados en un fracasado intento de golpe hace algún tiempo.

A última hora el conflicto con Kaddafi se ha tornado violento. En efecto, según informes de los Estados Unidos, algunos aviones, que volaban sobre las aguas internacionales del Golfo de Sidra —no reconocidas con tal carácter por Libia—, fueron agredidos por misiles libios, ante lo cual autoridades de guerra de los Estados Unidos han respondido en forma violenta pero limitada.

Al finalizar este comentario no podemos predecir los nuevos desarrollos del conflicto, aunque podemos expresar nuestra convicción de que esa escalada violenta tenderá a extinguirse rápidamente.

* / Newsweek, enero 13 de 1986, pág. 13.